

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 19 DE FEBRERO DE 1923

No. 23

A la mujer mexicana

[Exhortación leída en el Congreso Mexicano del Niño]

MUJER mexicana: amamanta al niño en cuya carne y en cuyo espíritu se probará la raza latino-americana.

Tu carne bien coloreada de soles es rica; la delicadeza de tus líneas tiene concentrada la energía y engaña con su fragilidad. Tú fuiste hecha para dar los hombres más fuertes, los vencedores más intrépidos, los que necesita tu pueblo en su tremenda hora de peligro: organizadores, obreros y campesinos.

Tú estás sentada sencillamente en el corredor de tu casa y esa quietud y ese silencio parecen languidez; pero en verdad hay más potencia en tus rodillas tranquilas que en un ejército que pasa, porque tal vez estás meciedo al héroe de tu pueblo.

Cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan de orgullo, porque para ti todavía la maternidad es el inefable gozo y la nobleza total.

Cuando te digan, excitándote, de madres que no sufren como tú el desvelo junto a la cuna y no dan la vaciatura de su sangre en la leche amamantadora, oye con desprecio la invitación, porque tú no has de renunciar a las mil noches de angustia junto a tu niño con fiebre, ni has de permitir que la boca de tu hijo beba la leche de un pecho mercenario. Tú amamantarás, tú mecerás, tú irás cargando el tirso de jazmines que la vida dejó caído sobre tu pecho.

Madre mexicana: para buscar tus grandes modelos no volverás tus ojos hacia las mujeres locas del siglo, que danzan y se agitan en plazas y salones, y apenas conocen al hijo que llevaron clavado en sus entrañas, las mezquinas mujeres que traicionan la vida al esquivar el deber, sin haber esquivado el goce. Tú volverás los ojos hacia los modelos antiguos y eternos: a las madres hebreas y a las madres romanas.

Da alegría a tu hijo, que la alegría se le hará rojez en la sangre y templadura en los músculos. Canta con él las canciones de tu país, dulcísimas; juega a su lado en los jardines y en el

agua temblorosa de tu baño; llévalo por el campo bajo la rica luz de tu meseta.

Te han dicho que tu pureza es una virtud religiosa. También es una virtud cívica: tu vientre sustenta a la raza; las muchedumbres ciudadanas nacen de tu seno calladamente con el eterno fluir de los manantiales. El empequeñecimiento de los hombres comienza siempre por la corrupción de las mujeres. Y es que el río puede enturbiarse al cruzar los pueblos; pero sus fuentes son puras.

Hermosa y fuerte la tierra en que te tocó nacer, madre mexicana: tiene los frutos más perfectos del mundo y cuaja el algodón de copo más suave y deleitoso. *Pero tú eres la aliada de la tierra, la que debe entregar los brazos que colecten los frutos y las manos que escarden los algodones. Tú eres la colaboradora de la tierra, y por eso ella te baña de gracia en la luz de cada mañana.*

Madre mexicana: reclama para tu hijo vigorosamente lo que la existencia debe a los seres que nacen, sin que pidieran nacer. Por él tienes derecho a pedir más alto que todas, y no debes dejar que tu reclamo suba de otras bocas. Pide para él la escuela soleada y limpia; pide los alegres parques; pide las grandes fuentes artificiales y las fiestas de las imágenes, en el libro y en el cinema educador; exige colabo-

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

rar en ciertas leyes; has que limpien de vergüenza al hijo ilegítimo y no le hagan nacer paria y vivir paria en medio de los otros hijos felices; las leyes que entreguen a vosotras los servicios de beneficencia infantil; has que reglamenten vuestro trabajo y el de los niños que se agotan en la faena brutal de las fábricas.

Para esto podréis ser osadas, sin dejar de ser prudentes; vuestra palabra en ocasión semejante no será grotesca, cobrará santidad y hará pasar por las multitudes que os oyen el calofrío de lo sagrado.

Tenéis derecho, madres, a sentaros entre las maestras y a discutir con ellas la educación de vuestros hijos y a decirles sus errores, hasta que sean enmendados.

Te oirán tarde o temprano, madre mexicana; volverán a ti su mirada los hombres justos, que todavía son muchos. Porque tu majestad quiebra, vencidas, a todas las demás majestades, y el verso de Walt Whitman se recuerda cuando se te ve cruzar: —«Yo os digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres».

El mundo va madurando lentamente para la justicia; es la verdad que ya se acepta el que tu voz se eleve entre las voces de los hombres, pidiendo para tu hijo, que es más tuyo que del padre, porque te dió más dolor.

Yo te amo, madre mexicana, hermana de la mía, que bordas exquisitamente, tejes la estera color de miel y cruzas el campo vestida de azul, como la mujer de la Biblia, para llevar el sustento del hijo o del esposo que riegan los maizales.

Te hablo, por eso, como hablo a las mujeres de mi raza del Sur, con un acento que no sentirás frío ni intruso. Te repito: La raza latino-americana se probará en tus hijos; en ellos seremos todos los del continente austral juzgados y nos salvaremos o seremos perdidos en ellos. Dios les fijó la dura suerte de que el avance enemigo, la marejada del norte, rompa sobre sus pechos. Por eso cuando tus hijos luchan o cantan, los rostros del Sur se vuelven hacia acá, llenos de esperanza y de inquietud a la par.

Mujer mexicana: en tus rodillas se mece la raza latina y no hay destino más grande y tremendo que el tuyo en esta hora.

GABRIELA MISTRAL.